

EXTRACTO DE

FILÓSOFOS SOCRÁTICOS

Testimonios y fragmentos I MEGÁRICOS Y CIRENAICOS

Introducción, traducción y notas de
CLAUDIA MÁRSICO

LOSADA
En prensa

Introducción

Los filósofos socráticos a los que está referida a esta obra han recibido por mucho tiempo el mote de “menores”. Esta minoridad hace que quien se asoma a los pocos testimonios que sobre ellos conservamos tenga la sensación de que entra a la casa de los parientes pobres de la filosofía griega. Muchas veces se tendió a considerar que tuvieron la suerte de pasar a la historia por haber sido alumnos o compañeros de los que de verdad merecen el nombre de filósofos, la primera línea áurea conformada por Sócrates, Platón y Aristóteles. Esos hitos incomparables, y por lo tanto casi inhumanos, se perfilan, desde esta perspectiva, construyendo sus teorías con el material que se legaban unos a otros, y, sólo secundariamente, suman a

ello la impugnación de adversarios teóricos que por incapaces, corruptos o ambos motivos no tenían modo de hacerles sombra.

Otras tantas veces el estereotipo los bosqueja como meros discutidores. Un trabajo reciente se refiere a ellos del siguiente modo: “si aunque sea una fracción del chisme, el rumor y las indirectas relatadas por Diógenes Laercio es verdadera, los socráticos eran un rejunte mezquino y pendenciero que no sólo estaban monumentalmente en desacuerdo entre ellos sobre las perspectivas filosóficas de Sócrates, sino que también se detestaban intensamente unos a otros”.¹

El trabajo que nos planteamos intenta revertir esta perspectiva, no porque nos interese especialmente algún tipo de reparación histórica de los pensadores ignorados, ni disfrutemos morosamente en los autores de los márgenes. Tampoco pretenderemos, por ejemplo, que las enciclopedias deban dedicar igual empeño a Eufanto de Olinto y a Platón, a Antípatro de Cirene y a Aristóteles. En rigor, apuntamos a la reversión de una tendencia persistente en los estudios del siglo pasado que radicalizó las lecturas internas de los autores consagrados en desmedro de la atención al contexto dialógico en que las teorías se plasman.

Un buen ejemplo de ello, al menos por lo frecuentado de la obra entre quienes se inician en los estudios humanísticos, es el pasaje que cierra la introducción de *Los griegos* de H. Kitto: “No he querido idealizar, aunque me refiero más a los grandes hombres que a los pequeños y trato preferentemente con los filósofos y no con los pícaros. Los panoramas deben divisarse desde las cumbres; los bribones, por lo demás, son casi iguales en todas partes, si bien en la índole del pícaro griego la dosis de malignidad parece haber sido superior a la de

¹ J. Beversluis, *Cross-Examining Socrates: A Defense of the Interlocutors in Plato's Early Dialogues*, New York, CUP, 2000, p 28.

estupidez”.² Que los panoramas deben divisarse desde las cumbres es precisamente el punto que es preciso poner en duda. En rigor, ciertos bosquejos historiográficos parecen imágenes satelitales donde puede haber estética, pero ciertamente no se divisa vida. Si estamos buscando acercarnos al imaginario que condicionó en buena medida la perspectiva de la tradición, la visión desde las cumbres es, cuanto menos, peligrosa. Al mismo tiempo, las más de las veces descubriremos que no hay bribones del otro lado de los filósofos consagrados, sino muchas veces otros filósofos que han tenido menos suerte frente a la varita mágica de la selección de la tradición. En lo que sigue, entonces, pondremos entre paréntesis el apelativo de “menores” para los discípulos de Platón y sus seguidores, lo cual nos permitirá mostrar hasta qué punto “bajar al llano” y tener en cuenta el aporte de estos pensadores revela una antigüedad preñada de dinamismo y hace más plausible la explicación del origen de las teorías que nos han llegado como centrales.

1. El giro de Sócrates: zonas de tensión dialógica

Pocas figuras en la historia han logrado concitar una atención tal como la de Sócrates, hasta el punto de que a menudo se lo ha comparado con Jesús de Nazareth, comparación propiciada por la similitud de muertes violentas que encarnan un simbolismo que las vuelve hitos, puntos de apertura. Basta pensar que Sócrates se convirtió en el mojón que la historiografía eligió para separar la filosofía en un antes y un después, tal como indica el equívoco mote de presocráticos dado a pensadores previos y contemporáneos de este padre totémico de la filosofía.

² H. Kitto, *Los griegos*, trad. D. Garasa, Buenos Aires, Eudeba, 1971, p. 13.

Esta elección, en muchos sentidos caprichosa, no es, sin embargo, una pura invención moderna, sino que en buena medida refleja la relevancia que la filosofía de la antigüedad le confirió a Sócrates.³ Podemos mencionar al pasar dos indicios claros de esta tendencia. En primer lugar, el desarrollo de un tipo literario que Aristóteles considera un verdadero género, al que da el nombre de diálogo socrático, precisamente porque pretendía reflejar este peculiar estilo de conversación. Para comprender esta complejidad, que está lejos de la austera terna de Aristófanes, Platón y Jenofonte que suele utilizarse tradicionalmente en la reconstrucción del Sócrates histórico, es importante enfatizar el testimonio de Aristóteles, en *Poética*, 2.1447a27-b11 (*FS*, 27). Allí dice el Estagirita que existe un tipo de imitación al que no se le da un nombre específico, dentro del cual cabrían el mimo siciliano de Sofrón o Jenarco y el diálogo socrático.

En primer lugar, este pasaje coloca el diálogo socrático como una variante dentro de los tipos miméticos, y por otro establece una ligazón directa entre los diálogos socráticos y los mimos de Sofrón (autor del s. VI a.C.) y Jenarco, dos autores sicilianos, padre e hijo respectivamente, asociados con una producción que retomaba caracteres humanos típicos en situaciones risibles. ¿Qué hay detrás de esta asociación? En la tradición posterior, que arranca con Duris de Samos, un allegado de Teofrasto, se usó esta asociación para decir que Platón había tomado el modelo de sus diálogos de los mimos de Sofrón como un modo de ridiculizarlo. Según esta tradición Platón habría importado en Atenas las obras de Sofrón, según testimonia Diógenes Laercio (III.18). En rigor, si se tiene en cuenta los rasgos de este tipo de composiciones, hay aparentemente bastante poca conexión entre ambos. Los mimos

³ Los avatares de la imposición de esta categoría han sido estudiados en L. Paquet e Y. Lafrance, *Les présocratiques. Bibliographie analytique* (1450-1879), Montréal, Bellarmin, 1995.

sicilianos se atienen a caracteres típicos, incluso nombrando los personajes por profesiones (el campesino, el vendedor de pescado, etc.) o por rasgos vagos (la mujer, la suegra, etc.). Las situaciones retratadas, por otra parte, se acercan a la comedia. Es claro que en Platón hay humor, pero no es del tipo que los testimonios ligan con el mimo siciliano, que, por el contrario, habría merecido las críticas que se dirige a la comedia burda en *República*, III.

Por otra parte, entre los sindicatos como inventores de este modelo Platón es sólo uno más. En las fuentes figura Jenofonte, también Simón el Zapatero (DL, II.123), que habría sido el primero en reducir la presentación de las conversaciones con Sócrates a puro diálogo y Alexameno de Teos, un personaje desconocido que Aristóteles habría señalado como previo a Platón. De los dos últimos es poco lo que podemos colegir, pero del caso de Platón y Jenofonte surge claramente que, de ser el mimo siciliano el origen del modelo de diálogo socrático, las modificaciones operadas habrían operado una separación completa de su original. Más allá de los problemas puntuales que suscita esta asociación, vale la pena tener en cuenta que la obra platónica forma parte de un conjunto mayor de trabajos que compartían características comunes. Que la tradición haya seleccionado sólo los de Platón y Jenofonte no debe ocultar que un hombre de la primera mitad del siglo IV a.C. convivía con numerosas obras de características similares que mostraban aspectos diferentes de una misma práctica que impactó y grabó a fuego el quehacer intelectual.⁴

Por otro lado, la filosofía helenística muestra un persistente interés de pensadores de diferentes líneas por referir su herencia teórica a un origen socrático. Tal proceder se encuentra en el estoicismo, por ejemplo, y su pretensión de

⁴ Sobre el diálogo socrático, véase el trabajo de D. Clay, “The Origins of the Platonic Dialogue”, en P. Vander Waerdt (ed.), *The Socratic Movement*, Ithaca-New York, Cornell University Press, 1994.

derivar del cinismo, y, por intermedio de éste, de Antístenes, discípulo de Sócrates. Lo mismo sucede con líneas dialécticas que reclaman para sí orígenes megáricos. Contactar con Sócrates es como asegurar un sello de nobleza intelectual. Como en las biografías de hombres de prosapia, cuyos ancestros resultan héroes o dioses, del mismo modo, para un grupo intelectual de la antigüedad, la identidad de heredero de Sócrates operaba como una especie de garantía de valor a la que nadie quería renunciar. Al mismo tiempo, los doxógrafos, al historiar la composición de estas líneas teóricas radicalizaron esta tendencia diseñando, y en muchos casos forzando, esquemas en los que la mayoría de los filósofos derivaban de una u otra manera de Sócrates, creando la sensación de que éste, sus continuadores y los continuadores de éstos abarcaban la actividad filosófica en su conjunto.

El grupo de los primeros socráticos configura un concierto de personajes sumamente disímiles, entre los que se cuentan tanto intelectuales con claras posturas propias, como otros que integraban el núcleo en calidad de allegados y transmisores, como se desprende de las listas consignadas en los testimonios del apartado 1. Así, toman autonomía la línea de Antístenes, la megárica, la cirenaica, la iniciada por Fedón de Elis, la de Esquines, y, por supuesto, la de Platón, a la que las listas suman a Jenofonte, más por el éxito de su perfil de Sócrates que por sus aportes en el ámbito teórico. A partir de los discípulos, que construyeron líneas con identidad respecto de la del maestro y sus condiscípulos, se fueron gestando movimientos teóricos más o menos institucionalizados que dieron lugar a los grupos socráticos.

La conformación de la primera generación posterior a la socrática es bastante más compleja. Se trata de una época caracterizada por un auge de los centros de formación avanzada, de los cuales la Academia es un ejemplo, pero de ninguna manera el único o incluso el más importante para un

contemporáneo. Un joven decidido a emprender su educación superior tenía frente a sí un amplio espectro de posibilidades, entre las cuales se contaba la Academia, pero no necesariamente sobresalía como la mejor opción. Hay que contar con que numerosos estudiantes preferían las lecciones de Isócrates, por ejemplo, que también se llamaba a sí mismo filósofo y proponía una educación con aplicaciones prácticas que parece haber subyugado de manera profunda el incipiente “mercado” de enseñanza de temas humanísticos, a la vez que crecían en cantidad las alternativas de formación en el ámbito de las numerosas orientaciones que nutrieron la época helenística.

En este contexto se conformaron grupos con distinta identidad teórica que la doxografía bosqueja como escuelas. En todos los casos esta caracterización es controvertida. Basta pensar en los argumentos que se plantean para sostener que el grupo megárico no constituye una escuela, a los que aludimos en 3.1, o que arguyen que las tesis atribuidas a Aristipo no fueron de su autoría, como analizamos en 4.1. Lo mismo sucede con la figura de Antístenes, según las fuentes un precursor del cinismo, mientras para algunos críticos se trata de un autor totalmente independiente. Todo eso se intensifica cuando se trata de autores socráticos más maltratados por la tradición, como es el caso de Fedón de Elis o Menedemo de Eretria. Más allá de los problemas concretos, que trataremos en la oportunidad correspondiente,⁵ lo cierto es que plantearon, a veces a través de relaciones sumamente laxas, núcleos teóricos con puntos de contacto que ameritaron la construcción que, con mayor o menor cuota de fidelidad, retratan las fuentes.

Mucho más grave que la utilización indiscriminada de la noción de escuela, contra la que en general ha reaccionado la crítica, es el aislamiento con el que se han tratado los textos

⁵ Se deja para cada apartado, y especialmente en las notas, la información de cada grupo.

supérstites. Por influjo de la doxografía helenística, la historia de las ideas ha sido pensada como un largo movimiento en que cada pensador sustituía a su maestro a la vez que formaba a su continuador.⁶ En este sentido, persiste como deuda de los estudios histórico-filológicos una exégesis filosófica menos parcelada respecto de esos procesos, que permita sustituir la visión sucesoria por un panorama que ponga de relieve hasta qué punto los filósofos que signaron la evolución de la tradición fueron siempre emergentes mayores de un movimiento intelectual que los nutría.⁷

Ambas nociones, la de escuela y la de sucesión, son características de la producción doxográfica del período helenístico, orientado a sistematizar el conocimiento previo considerado clásico según criterios muchas veces arbitrarios. Así, si contemplamos el lugar que le cabe a Sócrates, podemos inferir el problema que suponía para la doxografía otorgarle un lugar y función precisos en la tradición. En este sentido, con su figura emerge una doble perspectiva, donde se cruzan de un modo llamativo los criterios de sucesiones y escuelas, tal como se desprende del pasaje de Diógenes Laercio I.14 ss., consignando en nuestro testimonio 8, donde a la presentación de las dos líneas organizadoras de la filosofía griega, jónica e

⁶ Los trabajos de H. Diels sobre la tradición doxográfica (*Doxographi graeci*, Berlin, 1887) han echado luz sobre estos aspectos, que se manifiestan en la metodología utilizada por autores como Soción de Alejandría, Neantes de Cízico, Sátiro, Apolodoro de Atenas y Diógenes Laercio, entre otros. Sobre este punto, véase L. Zhmud, “Revising Doxography: Hermann Diels and his Critics”, *Philologus* 145, Berlin, 2001, pp. 219–243 y J. Mansfeld, “Deconstructing Doxography”, *Philologus* 146, Berlin, 2002, pp. 277–286.

⁷ La necesidad de revisiones de esta naturaleza está esbozada en G. Field, *Plato and his Contemporaries. A Study in Fourth Century Life and Thought*, London, Methuen, 1967 y C. Kahn, *Plato and the Socratic Dialogue. The philosophical use of a literary form*, Cambridge, CUP, 1998, pp. 2 ss.

itálica, se superpone, a partir de la figura de Sócrates, una organización en grupos (*hairéseis*). El doble criterio se verifica en el hecho de que Epicuro es, en I.14, la culminación de la línea itálica, mientras que en I.19 es la cabeza de una de las escuelas dedicadas a la ética, que se desprenden precisamente de la figura de Sócrates.⁸

En efecto, a Sócrates se le atribuye la inauguración de un grupo de problemas antes no considerados, asociados con lo que suele llamarse el “giro antropológico”, frente a las inquietudes básicamente físicas de los pensadores previos. Esta modificación da lugar, en el compendio de Diógenes al planteo de la tripartición entre física, lógica y ética, y al desarrollo de la clasificación en escuelas dentro de esta última parte de la filosofía. Es precisamente la situación paradójica de Sócrates la que propicia un redimensionamiento del enfoque, ya que por un lado es claro que el concierto completo de la filosofía helenística termina por vincularse de manera más o menos directa con su figura, a la vez que, por otro, la misma tradición es renuente a atribuir a Sócrates un núcleo doctrinal. Platón mismo lo hace decir en *Apología*, 33a que no tiene seguidores. Siguiendo el planteo diogeniano, por lo tanto, llegados a Sócrates, lo que hasta entonces venía procediendo por una ordenada sucesión de maestro a discípulo, se multiplica y explota en la proliferación de líneas que tienen representantes principales, pero a la vez un propio microclima que transforma la parsimonia sucesoria previa en una compleja red de posiciones interrelacionadas. Esa compleja red que constituye el núcleo de la filosofía clásica y helenística es incomprensible sin el aporte de los grupos socráticos.

⁸ Sobre este punto, véase M. Narcy, “Introduction aux paragraphes II 1-47”, en Diogène Laërce, *Vies et doctrines des philosophes illustres*, trad. sous la direction de M. Goulet-Cazé, Paris, La Pochoteque, 1999, pp. 167-9.

2. Problemas de fuentes y cuestiones metodológicas

Toda historia está construida con retazos que a juicio de su artífice son los que merecen ser preservados. Esta actividad de selección repetida y sedimentada constituye la base de lo que sabemos del pasado. Las operaciones de síntesis operadas sobre este material, necesarias por el simple hecho de que el pasado crece constantemente, profundizan esta tendencia básica de elección de hechos, figuras o asuntos centrales. No hay enfoque que pueda prescindir de un recorte de este tipo. Incluso las líneas historiográficas que reniegan de los grandes hechos históricos y se orientan al examen de la vida cotidiana en diferentes épocas y culturas lo hacen seleccionando aspectos bastante precisos que de ningún modo cubren todo el espectro de posibles objetos de estudio. La diferencia radica en el grado de conciencia sobre este cercenamiento. Dado que las prácticas repetidas tienden a naturalizarse, la persistencia en la interpretación aislada —o reducida a un mínimo contexto— de las obras de los filósofos consagrados por la tradición termina por construir un imaginario ficticio y empobrecido, donde se pierde de vista la importancia de la “masa crítica” de pensadores en tensión para que surjan filosofías con fuerza e identidad definida.

En lo que hace a las particularidades de la transmisión de los socráticos, nos concentraremos aquí en trazar algunas líneas generales atinentes a los grupos megárico y cirenaico, que en rasgos generales puede hacerse extensivo al resto.⁹ Debe tenerse en cuenta que la mayoría de los textos a los que nos enfrentamos corresponden a la época helenística, período que constituye un hueco en lo que hace a los textos conservados. En esta situación se combinan dos factores. En primer lugar, sobre todo a partir de los trabajos filológicos de la

⁹ Véase en el punto 5 lo referente a la organización de la obra.

Biblioteca de Alejandría, comienza a gestarse la noción de *corpus* clásico, que deprecia por su misma búsqueda de lo clásico los textos contemporáneos y los sustrae de este modo del movimiento conservador de la tradición. No sólo se desarrolla en ese contexto la magna tarea de edición de textos basada en nuevos criterios filológicos, sino que se sistematizó paulatinamente el canon de obras clásicas. Así, por ejemplo los *Pínakes* de Calímaco, una lista de los que se distinguieron en distintas disciplinas, no eran un mero catálogo de la Biblioteca sino una obra orientada a reunir y fijar un *corpus* clásico de autores reconocidos y sus obras. En este trabajo se incluían probablemente no solo las obras conservadas sino también aquellas de las que sólo se conservaban menciones con las aclaraciones *ou sózetai* ‘no se conserva’.¹⁰

Para esta misma época se desarrolló un amplio movimiento doxográfico que se manifestó en la redacción de manuales de filosofía que seleccionaban y resumían las principales doctrinas, así como en la doxografía biográfica y cronográfica, representada por autores como Soción de Alejandría y Hermipo de Esmirna, que escribieron obras sobre la vida de filósofos o literatos haciendo hincapié en el anecdotario tradicional e incorporando datos sobre cronología. Este interés por fijar las raíces del acervo cultural griego constituyó un canon que marcaba los límites de las obras consideradas valiosas, en el cual, por definición, había autores que quedaban afuera y otros apenas mencionados.

El segundo factor que es preciso tener en cuenta en relación con la conservación de textos helenísticos está relacionado con la transmisión técnica, esto es, la que se daba por las necesidades teóricas de los distintos grupos filosóficos. Así, la pervivencia de una escuela aseguraba que sus textos fundadores volvieran a copiarse. Por el contrario, si una escuela

¹⁰ Véase R. Pfeiffer, *Historia de la filología clásica*, Madrid, Gredos, 1981, pp. 235ss.

no encontraba continuadores, el riesgo de dilución aumentaba. De este modo, muchos textos caros al estoicismo, como los antisténicos y megáricos, quedaron sujetos a los avatares de conservación de los textos estoicos, que cayeron ellos mismos en el espiral de pérdida que hace que hoy haya que reconstruir su doctrina, no sólo por vía indirecta, sino además a través de fuentes que suelen ser altamente hostiles al estoicismo. Algo similar pasa con los textos de socráticos, especialmente los cirenaicos, donde un cúmulo importante está conformado por autores cristianos que reniegan de su hedonismo en bloque, sin prestar demasiado cuidado –y muchas veces ninguno– a la explicitación de los supuestos teóricos que los nutrían.

Por esta razón, tenemos a nuestra disposición, para comenzar, textos doxográficos entre los cuales la obra de Diógenes Laercio, igual que en el caso estoico, ocupa un lugar fundamental, especialmente porque permite trazar un marco donde ubicar el resto de los testimonios aislados y se apoya en numerosas obras que no conservamos. Las *Vidas de filósofos famosos* contiene el tratamiento del grupo socrático que abarca los libros II a VI, donde en el II encontramos, tras el estudio de Sócrates, a partir de II.48, la presentación de Jenófote, Aristipo y los cirenaicos, Fedón y los Eliacos y Erétricos, para pasar en los libros III a IV a Platón y sus continuadores y Aristóteles y los suyos, y tornar a Antístenes y los cínicos en el VI.¹¹

Además de esto, un importante cúmulo de información proviene de la llamada literatura gnomológica o sapiencial, que contiene compilaciones de contenido variado, primariamente moral, utilizado en la educación y en los ejercicios retóricos. Bajo esta denominación general suelen contarse tipos textuales difícilmente diferenciables, que incluyen las anécdotas (*chreíai*

¹¹ Sobre la razón de este orden, véase M. Goulet-Cazé, “L’ordre de sucesión des socratiques”, en M. Goulet-Cazé, *Diogène Laërce, Vies et doctrines des philosophes illustres*, Paris, La Pochoteque, 1999, pp. 161-5.

o *apophtégmata*) y las sentencias (*gnómai*) y máximas (*apophtegmata*). Pueden presentarse en verso, como los monásticos de Menandro, utilizados en los comienzos de la educación, y también en prosa, como los de Estobeo. De temática predominantemente ética, suelen estar ordenadas internamente de manera antilógica, esto es presentando tesis contrapuestas sobre un mismo asunto.¹² J. Barns propone que esta presentación antilógica se remonta a la práctica sofística que denunciaba ya Aristófanes en *Nubes*, donde se enfrentaban el discurso bueno y el malo. Esta presentación antilógica relevaba puntos de vista opuestos presentados del modo más ingenioso posible, tenía una función en el modo de acceder a la tradición, para lo cual las antologías cumplían un papel central.

(...)

5. Organización de la obra

Los fragmentos y testimonios de los filósofos socráticos carecieron durante mucho tiempo de una edición confiable y completa que permitiera un estudio profundo de sus implicancias y contactos con otras líneas teóricas de la época. Un breve estado de la cuestión revela que la filosofía de los socráticos y su relación con el pensamiento de Platón fue objeto de estudio prioritario de la historiografía hasta la segunda década del siglo XX. Los trabajos de Joël, Duemmler, Gomperz, Natorp, Maier, Raeder, Susemihl, Zuccante,¹³ entre

¹² Véase J. Barns, “A New Gnomologium: With Some Remarks on Gnostic Anthologies, II”, in *The Classical Quarterly* 1.1/2, Cambridge, 1951, pp. 1-19, esp. 2-3.

¹³ K. Joël, *Geschichte der antiken Philosophie*, Tübingen, Mohr, 1921; F. Duemmler, *Kleine Schriften: Zur griechischen Philosophie*, Leipzig, Hirzel, 1901; Th. Gomperz, *op. cit.*; P. Natorp, “Aristipp in Platons Theätet”, *Archiv für Geschichte der Philosophie* (Hamburg), 3, 1890, pp.

otros, contaban con la necesidad de referirse a los demás discípulos de Sócrates para delinear los problemas teóricos de la época en que escribió Platón. Poco después, un cambio de paradigma disciplinar trajo aparejado un abrupto abandono del estudio de la filosofía platónica en contexto.

El avance de la filosofía analítica, orientada a la interpretación de la lógica interna de las obras, antes que a sus proyecciones socio-contextuales, coadyuvó a este cambio de paradigma.¹⁴ Varias décadas más tarde, una recuperación de este tipo de enfoque, fundamentado ahora en la edición de textos y la exégesis de los testimonios, ha sido planteada por autores como Decleva Caizzi, Döring, Giannantoni, Brancacci, Tsouna y Cordero, por ejemplo.¹⁵ En este sentido, las dificultades se allanaron notablemente a partir de la edición de textos griegos de Giannantoni (*Socrates et socraticorum reliquiae*, Napoli, Bibliopolis, 1990), que dinamizó los estudios en esta área. El trabajo de Giannantoni recopila los testimonios sobre Sócrates y los socráticos, dentro de los incluye a Euclides y los megáricos, Fedón y el grupo de Elis, Aristipo y los cirenaicos, Antístenes, Diógenes y los cínicos y Esquines y

515-31; H. Maier, *Socrates. Sein Werk und seine geschichtliche Stellung*, Tübingen, Mohr, 1913; H. Raeder, *Platons philosophische Entwicklung*, Leipzig, Teubner, 1905; F. Susemihl, *Die genetische Entwicklung der platonischen Philosophie*, Leipzig, Biblio-Verlag, 1860 y G. Zuccante, "Antistene nei dialoghi di Platone", *Rivista di Filosofia* (Bologna), 19, 1916, pp. 551-81.

¹⁴ Un análisis de la lista de pasajes platónicos que se han conectado con referencias intertextuales respecto de los socráticos como la que ofrece Giannantoni (*op. cit.*, I.358-373) muestra a las claras este viraje.

¹⁵ F. Decleva Caizzi, *Antisthenis fragmenta*, Milano-Varese, Cisalpino, 1966; K. Döring, *op. cit.*; G. Giannantoni, *op. cit.*; A. Brancacci, *Oikeios logos. La filosofia del linguaggio di Antistene*, Napoli, Bibliopolis, 1990; V. Tsouna, *The Epistemology of the Cyrenaic School*, Cambridge, CUP, 1998 y N. Cordero, "L'interprétation anthisthénienne de la notion platonicienne de 'forme' (*eidós, idea*)" en M. Fattal (ed.), *La philosophie de Platon*, Paris, L'Harmattan, 2001.

otros discípulos atenienses. La naturaleza del material, a la que hemos hecho referencia en el punto 1, no permite separar en fragmentos y testimonios, entendiendo por los primeros citas legítimas y fidedignas de los autores en cuestión.

El presente volumen, centrado en los grupos megárico y cirenaico, es el primero de los dedicados a la presentación de los textos supérstites sobre los filósofos socráticos. En cuanto a la organización, seguimos en líneas generales la edición de Giannantoni, pero alterando el orden de aparición de los textos cuando nos parece conveniente y agregando algunos pasajes no contemplados en su edición que resultan de importancia.

Las referencias internas a pasajes de la obra en la Introducción se llevan a cabo anteponiendo la indicación *FS* (*Filósofos socráticos*) al número de testimonio indicado. Las traducciones de pasajes de autores modernos, salvo indicación contraria, son nuestras.

Dada la naturaleza de las fuentes, cuyo conocimiento es importante para evaluar la calidad y confiabilidad de los testimonios, hemos agregado un Catálogo de fuentes con información básica que permita identificarlas. Su redacción, así como la de los índices de nombres propios y de correspondencias con la obra de G. Giannantoni, es obra de Hernán Inverso. Va hacia él nuestro mayor agradecimiento por su constante apoyo durante la redacción. Agradecemos igualmente a Luis Á. Castello por su colaboración en la revisión de algunos textos latinos.

El trabajo va dedicado a Lucía Pérez Inverso, Federica Mársico y Nicolás Di Venosa, que vinieron al mundo mientras crecían estas páginas y son metáfora viva de tantísimos inicios, y a Sofía y Lucio Castello, flores que tomaron mi casa y recrean cada día la sorpresa.

(...)

